

# Censos, actuarios y dictadores

**Miguel A. Vázquez** // Director de Estudios de UNESPA

**José A. Herce** // Socio fundador de LoRIS

Empezaremos por un repaso a hechos históricos muy relevantes para nuestros lectores ya que estamos de aniversario en Actuarios. Al tiempo que aprovechamos para felicitar a toda la profesión esta venturosa onomástica en tiempos en los que su trabajo es más necesario que nunca.

En el año 1937 tocaba Censo de Población en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El Partido Comunista celebraba en 1939 su XVIII Congreso y uno de los mensajes positivos que el secretario general, Iosif Vissarovich Dzughashvili, usualmente conocido como Stalin, quería transmitir era la pujanza de la población soviética. La URSS, hasta entonces, había hecho un censo en 1926, con el resultado de 147 millones de habitantes.

Stalin llamó a su presencia en el Kremlin a Ivan Admonitch Kraval, que entonces era jefe de la Adminis-

tración Central de Cuentas Económicas, uno más de los órganos del complejo dédalo burocrático que era la administración soviética, y que hacía las veces de Instituto Nacional de Estadísticas en lo que a los censos se refería. Lo hizo para comentarle sus propios cálculos que, básicamente, eran una regla de tres. En los años veinte, la población soviética había crecido a una tasa de unos tres millones anuales, cuarta más, cuarta menos. Stalin había aplicado esa regla en los años subsiguientes al censo de 1926 y concluyó que el resultado eran unos 170 millones de habitantes; y esta era la cifra que aspiraba a mostrar ante el XVIII Congreso.

Lo cierto es que el cálculo de Stalin era notablemente optimista. Entre 1926 y 1937, sobre todo en los últimos años de la serie, el propio Stalin se había ocupado de darle un giro radical a la tabla de mortalidad soviética; algo, por otra parte, muy propio de dictadores. A través, primero, del proceso de colectivización del campo, que fue violento en muchos casos; y, después, mediante el proceso de represión política conocido como las purgas o El Terror, Stalin



Foto: iStock.com/DESKCUBE

había conseguido frenar notablemente el crecimiento de la población soviética. Pero eso hacía que el Censo adquiriese una importancia inusitada: si Stalin se presentaba ante el XVIII Congreso reconociendo que no había 170 millones de soviéticos, eso equivalía a reconocer unas purgas que él hacía como que no existían.

Así pues, a su salida de la entrevista del Kremlin, Ivan Admovitch Kraval se encontró ante un dilema: obedecer a las insinuaciones de su secretario general y aplicar la simple regla de tres que se le había recomendado; o contar de verdad la población soviética. Tanto Kraval como su adjunto, Olimpy A. Kvitkin, llegaron a la conclusión técnica de que la población soviética en 1937 era de 162 millones de personas. Presentaron los resultados ante sus superiores, los cuales se los presentaron a Stalin. El Censo, sin embargo, nunca fue publicado. Kraval y Kvitkin fueron acusados de ser sabotadores contrarrevolucionarios, detenidos y asesinados en la paredón. En 1939, otros técnicos hicieron un nuevo censo, que sumó 167,3 millones. Stalin redondeó la cifra a 170, y esto fue lo que presentó ante el XVIII Congreso.

Esta anécdota nos sirve, o creemos que nos sirve, para defender una idea: siempre hace, y hará, falta que quede alguien que sepa hacer bien los cálculos. A menos que no queramos conocer más verdad que la que imaginamos, como le pasaba al camarada Stalin, la labor, a menudo oscura y conocida solo por una audiencia estrecha, de aquél que toma el pasado, o el presente, y lo mide como ha de ser medido, es una labor fundamental.

El actuario es un profesional acostumbrado a permanecer entre velos. Años atrás, conocimos a uno (para ser exactos: a una) que nos confesó que, tras algunos años de porfía, había decidido rendirse y, cada vez que conocía a una nueva persona acababa por decir: "sí, soy anticuaría; es una profesión muy bonita". Incluso aprendió a manejar dos o tres conceptos que servían para convencer a su interlocutor en que era una experta en ánforas griegas y numismática sasánida. A cualquiera que no sea actuario le cuesta entender lo que es un actuario; y eso hace que su papel sea, a menudo, preterido y olvidado.

Nosotros, sin embargo, consideramos que el actuario es, hoy, más necesario que nunca. Un actuario de seguros no es sino alguien que utiliza el pasado y el presente como materia prima para modelizar el futuro. Esta labor pudo ser fácil en un determinado momento cuando las realidades estudiadas eran muy estables (así lo insinúa Stefan Zweig en El

mundo de ayer, cuando afirma que el siglo XIX fue la edad de oro de las compañías de seguros); pero adquiere tintes de gran demanda profesional en momentos en los que el futuro se hace cada vez más líquido. La eclosión y variabilidad de los riesgos, la distorsión que introduce en toda ecuación el cambio climático o los caprichos de la evolución demográfica son todos ellos factores de enorme influencia sobre nuestras vidas presentes y futuras; y si queremos poder considerar que los tenemos suficientemente previstos, no nos queda otra que poner un estocástico en nuestra vida.

**La eclosión y variabilidad de los riesgos, la distorsión que introduce en toda ecuación el cambio climático o los caprichos de la evolución demográfica son todos ellos factores de enorme influencia sobre nuestras vidas presentes y futuras; y si queremos poder considerar que los tenemos suficientemente previstos, no nos queda otra que poner un estocástico en nuestra vida**

China, para variar, tiene ahora mismo otro grave asunto de estas características. Ya es sabido en medios especializados que la población china está descendiendo desde el año pasado. Menos se sabe que una filtración de datos del último censo revela que la población china es unos 130 millones de personas menor de lo que dicen las estadísticas oficiales. Y, aunque no muchos todavía, hay cada vez más expertos que opinan que, antes de final de siglo, la población china se habrá reducido a la mitad de lo que es hoy e, incluso, que la población de EEUU superará a la de China.

En el homenaje a Kraval y Kvitkin, pues, queremos dejar, también, el homenaje a todos aquellos que han hecho, hacen y harán del cálculo actuarial su vida. La labor es fastidiosa y a veces (im)posible; pero lo que no deja de ser, es de gran importancia. Y tiene, por qué no negarlo, la satisfacción interior de quien no le es fiel sino a sus propios cálculos. Y esperemos no tener que hacer dentro de poco otro homenaje a los actuarios chinos. ●